

## Esa mujer inalcanzable. La psicología de la mujer en la pintura de Félix Rovelló de Toro

*José María Porta Tovar*

---

Arbor CLXVIII, 663 (Marzo 2001), 333-354 pp.

*Se recoge en este artículo un análisis del perfil de la mujer pintada por el maestro Félix Revello de Toro, desde el punto de vista de la psicología moderna.*

*El autor, José M.ª Porta Tovar, psiquiatra de profesión, estudia minuciosamente los detalles de las modelos de su pintura, para descubrir, a partir del conjunto de todos ellos, ese perfil de la mujer ideal, sublimado e inalcanzable, pero presente y sugestivo en el subconsciente colectivo del hombre de nuestros días.*

---

Hay temas tan apasionantes y tan complejos, como la psicología de la mujer, y a la vez tan ligados a la historia y a la cultura, que intentar profundizar en ellos constituye siempre una aventura arriesgada y comprometida.

Pero si, además, lo que se busca es descubrir una realidad nueva o contemplar una antigua desde otra perspectiva, entonces cualquier estudio, y más sobre la mujer, significa un reto a la investigación histórica.

El propósito de este análisis participa de ambos aspectos. Por una parte es una aventura interesante: penetrar en el corazón de la mujer a partir de una estética, la de la pintura. Por otra parte es un trabajo de investigación que pretende avanzar un paso más en la búsqueda de esa mujer inalcanzable, apoyado en la obra de Félix Revello de Toro.

Hace ya muchos años que, dedicado especialmente a la mujer en mi quehacer diario de psiquiatra, trato de encontrar el perfil de personalidad más adaptado y representativo del ideal femenino de nuestros días.

No es tarea fácil, lo sé, pero aunque sólo llegara a recorrer la mitad del camino y acertara a sopesar una vez más esos valores a los que todos nos referimos cuando sinceramente buscamos la perfección, habría sobradamente valido la pena.

En ese sentido, la coincidencia entre mis investigaciones sobre la personalidad femenina de nuestros días y la maravillosa definición que de ella hace Revello de Toro en su pintura ha resultado para mí sumamente importante. Tanto es así que, tomando como referencia sus modelos, me he propuesto describir los viejos y los nuevos valores de la mujer de hoy, maravillosamente intuidos y expresados por este pintor universal y malagueño.

Pero no solamente eso. Porque, en verdad, al describir a la mujer ideal desde el punto de vista del hombre de hoy, indirectamente estoy dando testimonio de la evolución espiritual y afectiva de este hombre, cautivado por la imagen de una mujer a su medida, o tal vez a la medida del hombre de los años 2000.

Evidentemente, conozco las limitaciones de mi punto de vista, y una de ellas es ser varón. Pero eso es inevitable. También sería un punto de vista sesgado si el autor fuera una mujer. Aunque ojalá que alguna quisiera completar mi trabajo. Por el momento, sólo me asiste el derecho a emitir una opinión, la mía, sobre la mujer, como símbolo, como ideal y como aspiración masculina.

Por último, me queda por aclarar aquello que en modo alguno ha sido mi intención en este trabajo: hacer una crítica de la pintura de Revello de Toro desde el punto de vista de la pintura misma. No me siento cualificado para ello.

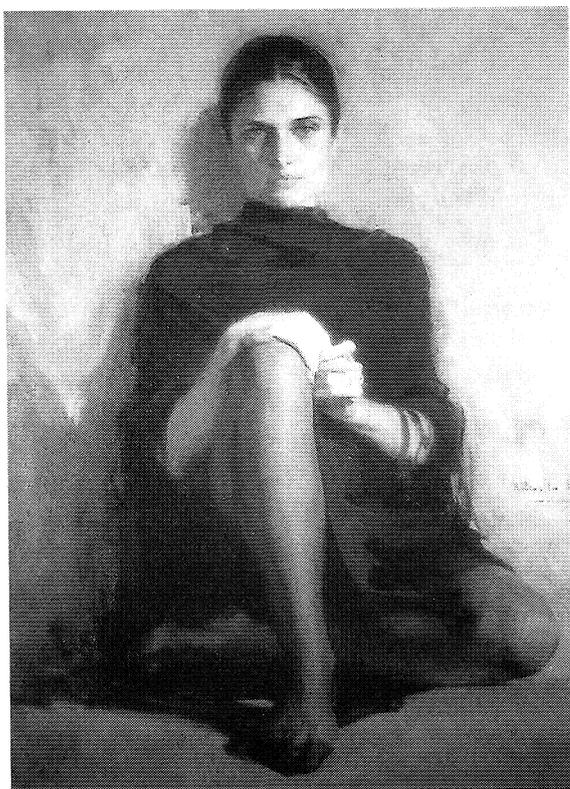
Lo que sí me permito añadir al supuesto de su valor estético y desde mi condición de psiquiatra es la certeza de que Revello forma parte de ese escaso y escogido grupo de artistas que han sabido llegar más allá de lo inmediato de su obra hasta el universal sentir de las gentes y comunicar un mensaje, que, en su caso, tiene que ver con esa exquisita mujer que a nadie pertenece pero que a todos llena su corazón de gozo.

El título de este artículo puede resultar ambiguo, aunque, sin duda alguna, sugestivo. Porque nada hay tan sugestivo como lo ambiguo cuando el amor se percibe, palpitante y velado, tras la sonrisa de una mujer o la sutil nostalgia de una mirada perdida.

«Por una mirada un mundo, por una sonrisa un cielo, por un beso... yo no sé, qué te diera por un beso...» —Repetía Bécquer a la mujer de sus sueños—.

Y tal ambigüedad es sugestiva porque nadie, que yo conozca, ha permanecido impasible ante la mujer con la que todo hombre nace un día hermanado, por misterioso destino.

Sólo por una mujer se han abandonado reinos, despilfarrado fortunas, conquistado pueblos, sufrido destierros, redimido vidas y perdido otras en apasionados y desiguales duelos.



«Negro y oro».

Sólo por una mujer Prometeo robó el sagrado fuego de los dioses, Ulises arriesgó su vida en lejanos mares y el Hijo del Hombre cambió el agua en vino y resucitó a Lázaro de entre los muertos.

Tal es el amor, tales son sus frutos y tales los misteriosos caminos que sigue el hombre en su afanosa búsqueda.

La mujer ha sido y es (antes de una manera y ahora de otra) el destino inmediato del hombre de todos los tiempos. Entendiendo por tal el último porqué y para qué de una vida satisfactoria y plena. **(Negro y oro. 1980)**

Puede que no todos mis lectores estuvieran dispuestos a suscribir esta afirmación,

aunque no me sentiría contrariado por ello. Porque, en verdad, cuando se trata de valoraciones afectivas, de formas de concebir la vida, el hombre o el destino, o de apuntar hacia el ideal o la utopía, cualquier opinión es respetable y cualquier afirmación categórica puede resultar sospechosa. Sin embargo, es lícito que cada cuál exponga la suya y explique el cómo y porqué de la misma.

Es mi opinión que el hombre, nacido del amor, tiende al amor como por instinto, como si en su condición de hombre gravitara una fuerza de atracción infinita. Y en esa irresistible condición suya de eterno caminante encontrase a la mujer, verdadera carne de su carne.

Así los dos, en el amor, son partícipes de una misma llamada a la que deberán de responder juntos y desde su propia experiencia concreta.

De ahí que me guste hablar de destino inmediato: porque los dos, llamados a trascender el espacio y el tiempo, habrán de consumir su pequeño amor en el divino fuego del que proceden en última instancia.

En ese sentido, es legítimo decir que el destino del hombre es la mujer, igual que podría decirse de la mujer con respecto al hombre. Por eso el amor de esposos y amantes, cuando sublimado, ha sido siempre respetado por la historia y sacralizado por religiones e iglesias de cualquier tradición y credo.

Atenea, Astarté, Venus, Heradia o Artemisa han sido, entre otras, las diosas que el hombre heleno o romano ha venerado en sus templos. Igual que el hombre de hoy venera a las suyas, que participan de una forma o de otra en el destino de sus vidas.

Y partiendo de esa perspectiva teológica se entiende perfectamente la depurada síntesis de la figura de la mujer en la obra de Revello de Toro: no están claros, no se encuentran fácilmente los límites entre lo carnal y lo espiritual, entre lo profano y lo sagrado, entre lo humano y lo divino.

Quizá en esta misma perspectiva haya logrado Revello representar a la mujer en su dimensión trascendente, envolviéndola, y con ella al hombre que la contempla, en la esperanza de un más allá sin fronteras.

Puede también que el pintor, o en todo caso su humilde comentarista, haya intuido en esa brillante ambigüedad de su pintura el insondable misterio de la Encarnación, por el que un Dios se hizo hombre y por el que el hombre, a partir de entonces, participa de ese mismo misterio y de esa misma esperanza.

De hecho, seductoras y seducidas, dulces y amantes, ardientes y apasionadas, todas tienen para Revello la misma mirada de inocentes vírgenes y la misma actitud de dignidad y respeto. Todo, en definitiva, tan ambiguo como la vida, como el amor o como la esperanza misma.

Sólo un detalle nos haría escribir el nombre de esas diosas de Revello con minúscula. Sólo un hecho nos volvería los ojos a la tierra que pisamos: que están solas y quizá pendientes de alguien a quien ofrecer su vida.

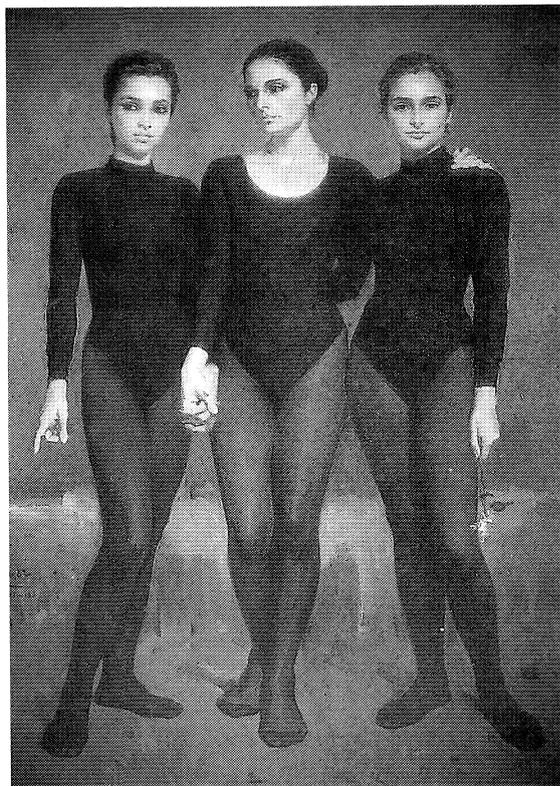
Con tres excepciones que yo conozca, entre las cuales la pintura titulada «Seducción», en la que aparece un hombre reflejado en el espejo, las mujeres de Revello no se acaban en sí mismas sino al final de esa profunda mirada, donde las espera su amante. Todas ellas, mujeres enamoradas, anhelan, añoran, recuerdan o invitan a sus respectivos dioses a compartir sus dones, sus frutos y su destino. (**Seducción 1981**)

Algunas con una carta, otras con una flor, otras, en fin, con su mirada perdida o con su cuerpo, todas ellas nos hablan de aquel por quien su corazón suspira.

Probablemente nunca se haya pintado el amor de tantas posturas y pocas veces se haya dicho tanto de él con tan pocas palabras.

Fue una mañana de otoño, con ocasión del congreso anual de médicos escritores y artistas...

Paseando por los corredores del bello edificio del Ayuntamiento de Málaga, descubrí, en el rincón de la galería de hombres ilustres, presidiendo su noble porte y figura, una hermosa pintura titulada «Mis tres gracias» y firmada por Félix Revello de Toro. **(Mis tres gracias 1986)**



«Mis tres gracias».

Inmediatamente acudieron a mi memoria otras dos obras geniales del patrimonio pictórico universal, que guardan, en mi espíritu, una cierta relación con aquella: «Las tres gracias» de Rubens y «Las señoritas de Avignon» de Pablo Ruiz Picasso.

¡Pero qué distintas las tres y qué distantes en el espacio, en el tiempo y en el mensaje de cada una de ellas!

Las mujeres de Rubens son sensuales, ociosas, lúdicas y lascivas; las mujeres de Picasso, deformes, maltrechas, contradictorias y rotas; y las mujeres de Revello, serenas, dulces, inteligentes, espirituales y románticas.

En aquel momento, y acompañado por el grupo de congresistas, aquella impresión no pasó de ser una vivencia más de las muchas de aquellos días. Pero más tarde, en mi quehacer de psiquiatra, he seguido elaborando aquella vivencia y he llegado a sacar de ella una conclusión apasionante: la mujer, tal y como pintada por Félix Revello de Toro, es la expresión pictórica más genuina de la mujer de los años 2000 y responde

perfectamente a las aspiraciones del corazón del hombre de hoy y de buena parte del colectivo femenino al que representa.

Es verdad que esta conclusión sería precipitada si hubiera sido fruto únicamente del estudio comparativo de esas tres obras, pero también es verdad que, en un primer análisis, este ejemplo nos puede servir de referencia.

Las mujeres de Rubens, en general, son carnales y vacías. Si yo fuera feminista las tacharía de mujeres-objeto. Y ello, después de considerar el contexto histórico-social y el estilo barroco de sus formas.

Las mujeres de Picasso, con alguna excepción, como su madre con el niño, son mujeres sin identidad propia, a la búsqueda de sí mismas y destrozadas por la contradicción de su ser y de su estar en el mundo. Reflejo, sin duda, de la importante crisis que ha vivido la mujer en este siglo y que el artista dejó plasmada en su obra.

Las mujeres de Revello, enigmáticas y sacralizadas, saben quiénes son, conocen sus valores y son portadoras de un mensaje de armonía que llega profundamente al corazón del hombre que las contempla.

¡Cómo no ver en esta simple comparación tres estilos de mujer, tres culturas diferentes! Yo diría que representan, a grandes rasgos, los tres estadios por los que ha pasado la mujer a lo largo de la historia: primero el de servil doncella de su amo y señor, segundo el de rebelde inquisidora de su propia personalidad y tercero el de compañera y guía de un hombre consciente de su finitud, angustiado por la soledad y sobrepasado por su propia historia.

Pero eso no es todo, aunque todo comenzara ahí...

Entusiasmado con esta primera intuición, busqué, contemplé, estudié pausadamente cada uno de los dibujos, carteles y pinturas de este artista malagueño, para llegar a una segunda conclusión tan interesante como la primera: Revello es el pintor de la mujer enamorada.

Revello es, a mi juicio, el hombre que mejor ha sabido descubrir en la mujer y expresar en su pintura esa hermosa cualidad que es la ternura, nacida de un amor exquisito, evolucionado y libre, cuando sentido con profundidad por una mujer madura.

A partir de esas dos primeras vivencias, que constituyeron para mí el gran encuentro con la obra de Revello, el resto fue tan fácil como placentero: Contemplar, una tras otra, las distintas caras y posturas del amor de una bella mujer innominada.

Es obvio que todos los pintores, como todos los poetas o todos los músicos, han encontrado en la mujer un tema de inspiración de primer orden y que en todos ellos, de una manera o de otra, la mujer está presente en sus creaciones: «Sin la mujer —dice Revello de Toro— la pintura se

vería privada de su más noble soporte»; pero también es verdad que es difícil, quizá imposible, encontrar dos de ellos que hayan coincidido en evocarla de una manera siquiera semejante. ¡Tan subjetiva es la inspiración y tan personales las vivencias que la mujer suscita en nuestro mundo interior! Y no sólo en el del artista, que es algo que se da por supuesto, sino en el de aquellos que contemplan su obra.

En ese sentido sólo me atrevería a comparar las mujeres pintadas por unos y por otros en relación con ciertos aspectos, a menudo ajenos a la pintura misma, y siempre desde el punto de vista de la psicología captada en sus personajes.

Tal es el caso, por ejemplo, de las mujeres de Miró y de Picasso: ambas me impresionan por la trágica y angustiosa búsqueda de su identidad y ambos pintores utilizan, a mi juicio, como vehículo de su mensaje, la ruptura radical de sus proporciones y formas. De igual manera, las mujeres de Rubens y Del Bosco me impresionan por su ausencia de vida interior y de trascendencia.

Por el contrario, las mujeres de Boticelli, en especial las de sus obras «El nacimiento de Venus» o «La primavera», me recuerdan, por su personalidad, a las de Revello, a pesar del abismo de tiempo y estilo que las separa. Quizá porque en ambas, y más allá del color o de las formas de su cuerpo, subyace un algo de espiritual y divino que las asemeja.

Finalmente, es difícil evitar la tentación de comparar con la obra de Revello la de otros insignes artistas contemporáneos que también escogieron a la mujer como tema fundamental de su pintura.

Es el caso de Julio Romero de Torres, hijo predilecto de Córdoba, que durante su vida, y más tarde en el recuerdo popular, pasó por ser el pintor de la mujer española y particularmente andaluza: morena, hermosa, dulce y sensual. Aunque sus mujeres fueran solamente representativas de un colectivo social muy concreto y tan vinculadas a su entorno como condicionadas por sus propias tradiciones locales.

Si cupiera una aproximación entre las mujeres de Revello y las de Romero de Torres habría que decir que las de Revello son más universales, más cultas, más independientes, más liberadas, más trascendentes y más protagonistas de su propia vida.

En definitiva, que quizá poco más que su pasión por la mujer pudiera encontrarse de común en la obra de ambos, aunque, sin duda alguna, ambos pasarán a la historia de la pintura española de nuestro siglo.

¿Qué tiene, pues, de extraordinario, la mujer pintada por Revello de Toro para que mi encuentro con su obra haya sido tan importante en mi quehacer profesional y tan decisivo a la hora de emprender este trabajo de análisis psicológico?

Quizá su pintura haya sido para mí el último estímulo que necesitaba para llevar a cabo un propósito que ya venía madurando desde hacía muchos años: Elaborar un diseño de la mujer de los años 2000, una vez superada la tormentosa crisis del feminismo.

Porque, a decir verdad, muchas aguas han caído desde principios de este siglo, en que la mujer se decidió y realmente pudo tomar las riendas de su destino y encontrar, definitivamente, el lugar que le corresponde.

Pero no todas las aguas han caído con igual fortuna en todos los campos: algunas han arrastrado árboles de exquisitos frutos y otras, en cambio, han logrado reverdecer viejos troncos y fecundar exóticas y desconocidas semillas escondidas en el corazón humano.

En efecto, hasta hace pocos años, la mujer había ocupado en la sociedad un lugar muy reducido, al menos en apariencia, y su imagen en la vida y en las artes respondía a esas limitaciones que la tradición venía perpetuando sin demasiada crítica.

En este sentido, la revolución feminista del siglo XX se hacía imprescindible. Pero, por el contrario, como siempre sucede en la historia, esta liberación de viejos clichés y tabúes, que realmente empobrecían su vida y su persona, ha conducido en muchos casos al olvido de ciertas cualidades que la adornaban y enriquecían y a la adopción de otras que le son ajenas y que han desdibujado a menudo su verdadera y auténtica personalidad.

Quizá sea ésta la última razón por la que mi encuentro con la mujer pintada por Revello haya sido definitivo: al fin había llegado a conocer a un hombre de nuestros días, y a un insigne pintor, que ha recogido y plasmado en su obra la misma idea de la mujer que yo intuía, desde hacía años, como la mujer ideal y más representativa de nuestra cultura y tradición mediterránea.

La mujer de Revello es una mujer enigmática. Una de sus cualidades más características es el misterio que envuelve a su persona: el encanto de su mirada y el embrujo de su cuerpo desnudo, apenas insinuado tras los sutiles velos que lo recubren.

La mujer de Revello es a la vez cercana y distante, seductora y sagrada, sensual y sublime, fecunda y virgen, en singular y contradictoria armonía.

De ahí el sentimiento de fascinación que despierta en sus admiradores y de ahí también la enigmática sensación de inalcanzable que al contemplarla se experimenta.

Revello es, a mi juicio, como ya he apuntado en su momento, el pintor de la mujer enamorada. Y esto es otra característica muy peculiar de su pintura. Porque, de una forma o de otra, resaltando un aspecto u otro del

amor (la nostalgia, la seducción, la añoranza, la ternura, la soledad... etc.), esa mujer de Revello transparente en su actitud o en su rostro una relación amorosa inconfundible. Diríase que el amor, en cualquiera de sus aspectos, forma parte esencial de su mensaje.

Y en ese sentido, no puedo menos que recordar a uno de los grandes filósofos de nuestros días, el jesuita Teilhard de Chardin, también antropólogo y teólogo eminente, cuando hablando de la evolución afirmaba que la fuerza fue la virtud característica del hombre primitivo, la inteligencia, la del hombre moderno, y el amor, en todas sus dimensiones, la cualidad definitoria del hombre y la mujer del futuro.

Probablemente, aunque sin ir demasiado lejos, pudiera percibirse una influencia teilhardiana en la obra de Revello, que bien pudo recibir en las aulas del Colegio de San Estanislao de Málaga.

Sea como sea, las mujeres de Revello nos hablan de amor desde cualquier ángulo que se contemplan. Y nos hablan de un amor cálido y sensual, pero, al mismo tiempo, profundo, personal, espiritual y trascendente. En definitiva, de un amor que invita a compartir unos dones, unas ofrendas y una vida, que es el camino hacia el más allá, hacia ese punto omega teilhardiano del retorno a la gran esencia.

### **La mujer y el amor en la obra de Revelló de Toro**

Si dijera que el destino del universo es el amor muchos pensarían que estaba haciendo un discurso de contenido poético, otros que enunciando una hipótesis filosófica y muy pocos tomarían mis palabras como un serio postulado científico.

Pero no por eso me iba a desanimar. Todo lo contrario: me sentiría doblemente estimulado a demostrar mi tesis, en el convencimiento de que sólo a través de esta experiencia puede el hombre alcanzar la felicidad y abandonar la vida con la satisfacción de haberla llenado de sentido.

Estamos acabando el siglo XX y nos gusta recordar, año tras año, los avances técnicos y científicos realizados. Y de hecho son importantes. Pero no es menos verdad que cada descubrimiento nos abre los ojos ante un nuevo paisaje todavía inexplorado en el que hemos de iniciarnos desde los primeros pasos.

En ese sentido, la mente humana es todavía un mundo sin explorar, en el que habremos de encontrar un día el misterio de nosotros mismos. Hasta hoy, sólo sabemos de estructuras anatómicas, de tejidos, de células, de glándulas, de secreciones, de aminas biógenas o de feromonas, pero ¿hemos esbozado el estudio de alguno siquiera de los complicados sistemas de la

razón humana? ¿Hemos, de alguna forma, logrado acercarnos a los circuitos neuroquímicos de la pasión, de la amistad, de la esperanza o del amor? Y, sin embargo, sigo manteniendo la hipótesis de que el amor es el destino del universo. Y si tal es el destino del universo, ¿no será también el destino de la mujer, última instancia de la creación conocida?

Estamos iniciando los últimos momentos, los últimos compases de este cosmos en evolución, que inexorablemente camina hacia Aquel de cuyas manos salió en el amanecer de los tiempos.

Si miramos hacia atrás, a nuestros orígenes, nos podría invadir un sentimiento de vértigo indescriptible:

Imaginemos por un momento que la historia de esta tierra en que vivimos fuera la historia de una persona de 75 años. Hace 4.700 millones de años, cuando se enfrió el planeta y aparecieron los montes, los continentes y los mares, tendríamos que situar la fecha de su nacimiento.

Siguiendo las proporciones, a los veinte años apareció la primera célula viva, aunque incompleta (procariota). A los 45 años (hace 2.000 millones) hizo su aparición la primera célula completa (eucariota). A los 72 años (hace 200 millones) el primer dinosaurio. Y por último, en las cinco horas antes de acabar su vida, apareció el «homo sapiens» (hace 35.000 años).

En las cinco horas antes de expirar esa supuesta persona, hemos pasado del «homo sapiens» hasta el hombre de hoy, sin solución de continuidad aparente.

¿No es para sentir vértigo ante la grandeza del universo y del hombre? ¿No es para meditar, ilusionados, en la infinita grandeza de lo que somos y en el gigantesco esfuerzo que el universo ha hecho para producirnos?

Sólo el amor es capaz de modelar con tal paciencia unas criaturas tales y despertar en ellas ese mismo sentimiento.

Por eso, entre otras razones, no es difícil adivinar que el destino de la mujer, en estos últimos tiempos, sea concluir este maravilloso circuito del amor en el que todos nos sentimos vitalmente comprometidos.

Y, en verdad, sólo el amor, el que uno haya dado y recibido en vida, tiene absoluta garantía de pervivencia y constituye la energía última que da sentido a la evolución del cosmos.

La mujer pintada por Revello es una mujer amante. Probablemente también amada, pero desde luego amante.

Y esto que, a primera vista, parece difícil de demostrar es algo muy sencillo para un observador cuidadoso: el amor, a diferencia del deseo, genera una actitud de ofrenda, de entrega, de generosidad, de abandono en el amado. Y esta es la actitud de la mujer de Revello. **(Bajo la luz primera. 1980)**

El deseo es un sentimiento distinto. Con el deseo pretendemos un bien que nos satisface: una persona o una cosa. Con el amor nuestro corazón se entrega para ser poseído por otro.

En este sentido, nadie como Revello ha pintado a la mujer amante. Porque, una tras otra, todas ellas nos están ofreciendo lo que son y lo que tienen: su nostalgia, su soledad, su belleza, su fantasía y hasta su mismo cuerpo.

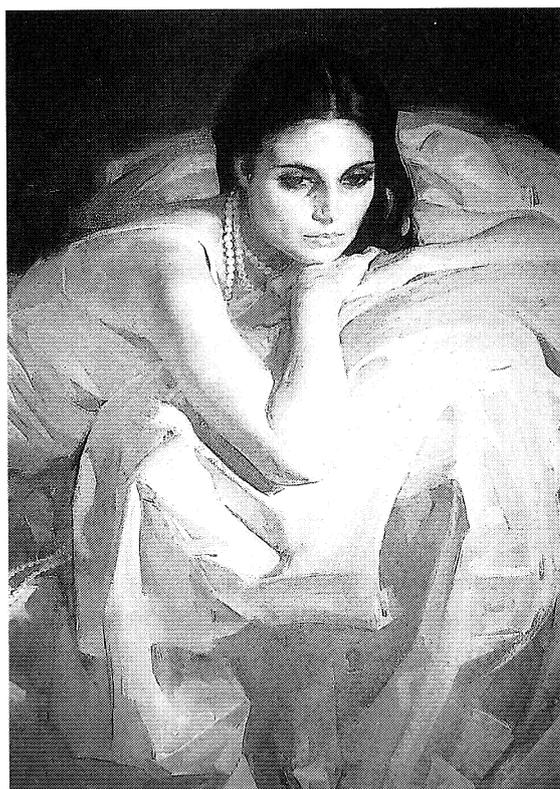
Ninguna de ellas está allí por presunción, por vanidad, por egoísmo, en definitiva. Hasta las más seductoras nos están hablando de amor total, definitivo, eterno.

En la pintura titulada «María Rosa», contemplamos a la modelo recostada en su cama y vestida para el amor: puro, trascendente, personal, sagrado. Y, envuelta en ese halo de pureza y de transcendencia, consigue Revello acercarnos al misterio de la mujer, de su intimidad sagrada y del encendido fuego de su corazón amante. (**María Rosa. 1985**)

Jamás fue ella así contemplada: sobre el ara de un altar eucarístico. Sobre una blanca patena de lienzos immaculados, donde ofrecida al amor por voluntad propia.

Alguien me dijo en cierta ocasión que el amor era la peor o la mejor de las drogas conocidas. Y su razón llevaba en algunas cosas, aunque en otras yo tuviera mis serias dudas:

«Es que uno se engancha a él —me explicaba muy serio— sin darse cuenta. Pochito a pochito. Movido tal vez por el olfato o por la vista o por esa caricia que coincide, sin razón aparente, con la que tu misma piel necesita para sentirse amada. Y como la peor o la mejor de las drogas, produce adicción, dependencia, tolerancia y abstinencia».



«María Rosa».

Adicción porque, una vez conocido, pocos tienen el valor de vivir alejados de él. Dependencia porque nada ni nadie puede suplir sus extraordinarios efectos. Tolerancia porque cada vez necesitamos más dosis para alcanzar los mismos resultados y abstinencia, en fin, porque su ausencia lleva inexorablemente a la muerte.

Después, muchos años después, he tenido ocasión de recordar aquella conversación y he vuelto a experimentar las mismas dudas, los mismos vacíos y la misma insatisfacción que cuando, hace tantos años, traté de ayudar a mi joven paciente.

Debe ser que no lo tengo demasiado claro...

Y es que hay cosas que, con los años, se explican y se aprenden.. Otras que tan sólo se intuyen, sin comprenderse. Y otras, en fin, que, con el paso del tiempo, van posando en nuestro corazón para formar parte de su natural misterio. Y entre esas cosas, misteriosas, profundas y veladas, el amor y Dios mismo, última instancia de nuestras vidas.

Porque, en verdad, nada tan sutil, tan placentero y tan frágil como el amor y nada tan profundo, tan espiritual y sublime. Y nada como el amor, que se sienta, se respire y se palpe sin saber con qué sentido, con cuántos de ellos o sí tal vez con alguno distinto de todos.

De ahí que la mujer se sienta ante el amor al mismo tiempo feliz y temerosa. Como quien todo lo es en su presencia y nada sin aquello que da razón a su vida. Porque no cabe ninguna duda de que la mujer nace para el amor y en torno a él se organizan su vida y su destino.

### **La mujer y sus valores**

Algunos podrían pensar, no sin fundamento, que los valores tradicionales del hombre y de la mujer, hasta ahora diferenciados en razón de su sexo, deberían ser compartidos por ambos al igual y en todos los casos. Y algo llevan de razón, aunque no toda.

Porque esto es verdad, sin duda, cuando nos referimos a los valores humanos en general y a los derechos y obligaciones que de ellos dimanen. En ese sentido, belleza, bondad, salud, cultura, libertad y responsabilidad son patrimonio de todos por igual y sin distinción alguna.

Otra cosa es el modo, la forma, el estilo, el talante con el que esos valores y esa libertad y responsabilidad son ejercidos por uno y otro, habida cuenta de las cualidades características de su propio sexo.

La sensibilidad, por ejemplo, ha sido un valor tradicionalmente atribuido a la mujer y de ella se ha dicho que es capaz de sentir más y mejor todo lo que el amor tiene de sutil, de delicado y profundo.

Pues bien, habría que revisar estos conceptos para llegar a la conclusión de que tanto el hombre como la mujer pueden llegar a ser igual de sensibles aunque de diverso modo, igual de tiernos, aunque de manera distinta, igual de profundos, aunque a menudo motivados por diferentes razones.

Algo parecido podríamos decir del valor o del coraje del hombre, tantas veces superado, a su manera, por la mujer, o de la fortaleza o de cualquiera, en fin, de los atributos que han sido tradicionalmente masculinos.

Ahora bien, una vez definida y asentada esta igualdad en el «cuánto», nada tan hermoso como descubrir la belleza de esa diversidad en el «cómo», que hace de la vida social y de las relaciones humanas una constante y maravillosa sorpresa.

Pero avancemos un paso más, aplicando estos principios al enigmático mundo del amor y a sus más íntimos mecanismos:

No es igual —¡Cómo iba a serlo!— el amor de la mujer que el nacido del hombre para ser su sustento, su regalo y su gozo. No es igual —¡No podría serlo— aunque ambos, ella y él, se repitan incansablemente las mismas palabras, los mismos gestos, las mismas caricias, los mismos besos!

La mujer piensa en mujer, siente en mujer y ama en mujer, independientemente de que haya o no un hombre a su lado. Igual que habría que decir del hombre en idénticas circunstancias.

### **El amor en las mujeres de Félix Revelló de Toro**

Y bien, ¿qué habría que decir de las mujeres de Revello de Toro, pintadas una y mil veces, en una y mil posturas distintas y, sin embargo, idénticas en algo tan sutil e intangible como un perfume, que todo lo envuelve con su presencia?

Habría que decir, como San Juan de la Cruz, que todas tienen un no sé qué que las asemeja, tan imperceptible que apenas ocupa lugar y tan esencial que nada se entendería sin su presencia: es el amor que ronda, insumiso, en el corazón de cada una de ellas.

*«Es amor un no sé qué  
que viene no sé de donde  
y s'entra no sé por donde  
y mata no sé con qué»  
(S. J. de la Cruz)*

Nunca hasta haberme propuesto el estudio de la obra de Revello me ha parecido tan hermosa esta redondilla de San Juan de la Cruz para

describir lo insólito e imprevisible del amor: Apenas se sabe qué es, qué apariencia tiene, de dónde viene y con qué hiere al corazón del hombre.

¡Tan difícil como encontrar un denominador común en las pinturas de Revello, que resuma la presencia del amor en cada una de ellas!

A menudo, la mujer descansa en su lecho. No sabemos si antes o después de entregarse al amor, pero siempre abrazada a su nostalgia o esperanzada en su búsqueda. Otras veces, contemplando su pelo ante el espejo, sueña con aquel que habrá de admirar su tocado. Otras, en fin, con la mirada perdida o repitiendo en su memoria las palabras de una nota secreta, sus mujeres hablan de amor sin apenas proponérselo. Simplemente haciendo lo que hacen, pero de aquella manera que sólo el amor hace posible (**La nota secreta 1979**).

### **El amor, la razón de sus vidas**

Resulta siempre arriesgado explorar e interpretar el corazón ajeno, aunque no tanto cuando la persona, amablemente, nos invita a penetrar en él y a compartir sus vivencias.

Este es el caso del maestro Revello de Toro que, como todo buen artista, ha querido hacernos partícipes de su vida interior, pintando su corazón y sus sentimientos en cada uno de sus maravillosos cuadros.

En ellos, por una parte, reconocemos la exquisita finura de su alma, y por otra nos vemos reflejados nosotros mismos, en la medida en que llegamos sin dificultad a percibir y a saborear los mismos sentimientos que el autor ha sabido plasmar en su obra.

Pues bien, dicho esto, me gustaría discurrir sobre el cómo y el porqué del amor en las mujeres de este pintor malagueño.

Y quiero empezar reconociendo la misma dificultad que he comentado antes: ¿Qué amor quiero analizar?: ¿El de las mujeres de Revello?, ¿El que Revello ha puesto en sus modelos?

En definitiva es lo mismo. Porque aunque ese amor fuera el de sus modelos, fue él quien las eligió libremente, asumiendo así los sentimientos de todas ellas.

Pero hay otra dificultad metodológica que quiero poner en evidencia y que responde a una pregunta que a menudo nos hacemos cada uno de nosotros: «¿Cómo se diagnostica el amor en la imagen de una mujer? ¿Por algún detalle en concreto? ¿Por cuántos o por cuál de ellos? ¿O quizá por todos y por ninguno en concreto?»

De hecho, ¿Cuántas veces los amantes se preguntan: «¿A mí por qué me quieres en definitiva? ¿Y cuántas han encontrado una respuesta satisfactoria?»

El conocimiento en el amor suele ser un conocimiento intuitivo, directo e inmediato, no discursivo y analítico. Por eso, vaya mi primera respuesta por delante: el amor es un juicio de valor, una respuesta unitaria y global de cada uno de los amantes.

El amor no es un detalle, aunque esté presente en cualquiera de ellos, ni es un acto, aunque sea fruto de aquél, ni siquiera un millón de ellos. El amor es una actitud, un estado permanente, una forma de ser y de estar ante sí mismo y ante los demás, que colorea y matiza todos y cada uno de nuestros actos y que se manifiesta en todos los detalles de la persona.

Desde este punto de vista es fácil encontrar la perspectiva para analizar las mujeres de Revello. En el fondo, lo que nos interesa es su actitud amorosa, y nada tan sencillo de descubrir en cada una de ellas.

Pero, hablando de actitud amorosa, destaquemos un concepto y una imagen pictórica característica: la ofrenda. Y en la ofrenda, algo que ofrecer: Belleza, ternura, esperanza y gozo. Lo mejor de sí misma. Y algo que recibir, expresado en la espera, en la nostalgia, en la soledad y en la desnudez de sus modelos.

En esa actitud de amorosa espera y de generosa ofrenda es donde expresa y resume Revello de Toro las vivencias del amor de cada una de sus mujeres. Y en esta actitud de amorosa entrega encuentran su sitio, perfectamente alineados, todos los elementos del amor humano. Por una parte, la mujer lo tiene todo: hermosura, encanto, seducción, juventud, placer, esperanza. Por otra parte, lo necesita todo: está sola, desnuda, insatisfecha. ¡Maravillosa expresión de la soledad existencial y de su redención por el amor trascendente!

Y en esta amorosa entrega de las mujeres de Revello ha simbolizado el maestro el desgarrado clamor del universo entero por alcanzar en el amor la razón de sí mismo.

### **Lo sagrado y lo profano en la obra de Revelló de Toro**

Siempre he tenido la impresión de que el hombre es un ser inacabado, a la búsqueda de sí mismo. Y que ese sí mismo siempre está un poco más allá de donde al presente estamos o de lo que al presente somos.

Y si en su cuerpo ha sido evidente la evolución que el hombre ha experimentado con el paso del tiempo, en su espíritu esta transformación ha sido asombrosa: la inteligencia, la imaginación, la sensibilidad y la afectividad del hombre de hoy aventajan con mucho las del hombre de hace tan sólo unas décadas.

En ese sentido, hoy más que nunca, el hombre ansía superarse a sí mismo y trascender los estrechos límites del espacio y del tiempo que condicionan su voluntad libre.

Ahora bien, inevitablemente, seguimos tropezando con el fantasma de la caducidad y la muerte, ante el que sólo caben dos posturas: su aceptación estoica o nuestro abandono en el misterioso mundo de lo sagrado.

Lo santo, lo innominado, lo numinoso y lo trascendente han sido siempre contemplados por el hombre de distinta forma y bajo diferentes aspectos: unas veces como un futurible lejano e incierto, otras como una sutil añoranza de lo invisible y otras, en fin, como una realidad palpable, como una presencia misteriosa pero inequívoca de lo eterno en nuestras vidas, que a veces hace patente su dimensión sobrenatural.

Esta última es, a mi parecer, la experiencia que sugieren las mujeres de Revello de Toro cuando las contemplamos sin prejuicios. Porque la referencia a lo sagrado puede hacerse en dos sentidos: en el sentido cultural o litúrgico y en el sentido en que la antropología religiosa habla del hombre como depositario de unos valores transcendentales.

En la pintura, estos aspectos de lo sagrado pueden representarse bajo la forma de un cáliz, en referencia al culto litúrgico o bajo la forma de una mujer, como recipiente y relicario de la belleza suma y del amor infinito de un Dios cercano y presente en sus criaturas.

Este segundo camino es el que ha elegido Revello: el de la encarnación de lo sagrado en la más delicada de las obras divinas, la mujer, símbolo por una parte de la creación entera, y espléndida huella de la presencia de Dios en el universo. ¡Maravilloso renacimiento de una



*«Mágico retrato».*

cultura espiritualista y trascendente en una sociedad aparentemente escéptica y desacralizada!

Pero vayamos por partes, buscando en el detalle de su pintura la confirmación de esta hipótesis:

Las cosas, sólo si se contemplan con detalle, nos revelan sus secretos. Y esto ocurre con la obra de Revello en lo que toca a su dimensión trascendente.

¡Cuánto no se habrá dicho sobre la sensualidad de sus mujeres, la ambigüedad de sus poses o el excesivo culto de sus formas, sin una observación cuidadosa! ¡Hasta se ha querido ver en Revello un pintor de la corte (Por sus conocidas pinturas de la familia real) o un retratista de la aristocracia catalana o madrileña.

Cuando se estudia la obra de Revello, y concretamente el perfil de sus mujeres, puede uno verse sorprendido por un sentimiento de profunda nostalgia ante ese no sé qué que se escapa de nuestro mundo y del de sus modelos y verse arrastrado por esa singular atracción de la belleza y del amor hacia un más allá definitivo.

Y buscando una explicación a los hechos, me viene a la memoria la pintura de Miguel Angel, prácticamente polarizada por el tema religioso pero poco informada por la fe del artista, y la pintura del Greco, por el contrario, toda ella sacralizada por su propia experiencia religiosa.

En ese sentido, las mujeres de Revello inspiran un sentimiento de infinita nostalgia muy semejante al que nos tiene sensibilizados la literatura y el arte sacro. Y, al igual que ante Zurbarán o el Greco, ante la pintura de Revello nos sentimos inmersos en el misterio de la creación y el destino del hombre, mágicamente insinuados tras los sutiles velos de un cuerpo desnudo.

Por una parte, si analizamos la temática religiosa de la pintura de Revello vemos que es muy escasa: su primer dibujo del Cristo de Mena y un pequeño óleo de la Virgen, de sus años infantiles, la Sagrada Familia, que pintó en 1.960, el cartel de la Semana Santa de Málaga del año 1.994 y algunos estandartes y motivos de esa misma Semana Santa.

Pero, por otra parte, hay una serie de detalles que caracterizan a su pintura «profana», y que añaden una cuarta dimensión, trascendente o sagrada, a las tres propias de su arte. Pensemos, sin ir más lejos, en el tono de sus blancos, en la forma y pliegues de sus vestidos y en las puntillas y adornos de su ropa interior, que nos recuerdan las de los altares y vírgenes andaluzas. Y sobre todo, y por encima de todo, la actitud de todas y cada una de sus modelos: actitud de amorosa búsqueda y de generosa ofrenda hasta el abandono, clásicamente relacionada con la pintura religiosa. Baste con recordar el óleo titulado «Bajo

la luz primera», en el que apenas haría falta añadirle un velo al tocado de María Rosa para colocar su pintura en el retablo de cualquier iglesia moderna.

Curiosamente, comparando la actitud y el rostro de su virgen de la Sagrada Familia con los mismos detalles de este cuadro citado, llego a la conclusión de que es en este último donde lo sagrado se manifiesta con mayor nitidez, pese al diferente contexto de uno y otro, que nos llevaría a sentir justamente lo contrario.

De ahí una primera conclusión, que para mí resulta evidente: que lo sagrado no tiene por qué, necesariamente, estar ligado a una temática religiosa y, por otra parte, que es propio de algunos artistas, entre ellos Revello, humanizar lo sagrado y sacralizar lo profano o, expresado de otra forma, discurrir en esa ambigüedad a la que muchos estamos inclinados y que forma parte del misterio de lo divino, humildemente guardado en vasijas de barro. **(Espacios determinables. 1985)**

No es común hablar de investigación en Bellas Artes. Y, sin embargo, ninguna tan laboriosa ni tan fecunda como la que tiene que ver con el alma humana y sus sentimientos más íntimos en el campo de la literatura, la música o la pintura.

En las letras, probablemente Bécquer y San Juan de la Cruz hayan sido los mejores. Al menos en lo que al amor se refiere. Faltaría otro ejemplo en el campo de la música, y Revello de Toro, me atrevería a decir, junto con Julio Romero de Torres, los más genuinos estudiosos de la mujer española en la pintura de los últimos años.

Pero avancemos un paso más en este análisis para llegar hasta la experiencia religiosa que constituye su punto de partida. Para ello, nada



«Espacios determinables».

mejor que intentar responder a una serie de preguntas concretas que todos, al igual que el artista, nos hacemos con ocasión de su pintura: ¿Por qué la mujer despierta, particularmente en el hombre, un sentimiento de especial proximidad a lo sagrado? ¿Qué tipo de mujer es capaz de evocar esa clase de sentimientos?

¿Qué papel ha jugado y continúa jugando hoy la mujer en la experiencia religiosa del hombre?

### **La mujer, vaso sagrado**

Sagrado, etimológicamente, significa separado en razón de su pertenencia al mundo de lo sobrenatural. Hasta aquí todo está claro. Pero ¿qué pertenece al mundo de lo sobrenatural para el hombre?

Aquello capaz de satisfacer su felicidad plenamente. Aquello que sea capaz de aportarle una plena satisfacción espiritual y sensible, como es, en definitiva, el amor humano.

Sagrado es, pues, para el hombre, todo y solamente aquello que le lleva al amor de una manera o de otra. En ese sentido, nada tan natural como concluir que no puede haber nadie tan sagrado para el hombre como la mujer, especialmente diseñada por el Creador para responder a sus aspiraciones afectivas más profundas. Es más, habría que terminar diciendo que solamente a través de la mujer puede el hombre llegar a Dios en última instancia. Aunque sea evidente que esto mismo deba decirse de la mujer con respecto al hombre, si bien de distinta manera.

En segundo lugar, cabría preguntarse: ¿Y qué tipo de mujer es el que mejor se adapta a las necesidades afectivas del hombre? ¿Cuál es el perfil psicológico de la amante ideal?

En pocas palabras, y sin entrar en detalles, habría que decir que el perfil de la amante ideal coincide necesariamente con el de una mujer esencialmente necesitada de amor y, por tanto, con el perfil de una mujer frágil y dependiente. Solamente en ella encontrará el varón la satisfacción completa de sus aspiraciones afectivas. El resto de sus cualidades: belleza, cultura o edad, podrán ser importantes pero nunca esenciales y, desde luego, nunca podrán reemplazar a la primera, por más llamativas y excepcionales que sean sus virtudes. **(Desaliento 1989)**

En este punto habría que advertir que estamos en las antípodas de lo que podría ser un punto de vista «machista» de la mujer, al afirmar a continuación que esta relación de dependencia amorosa es igualmente válida cuando hablamos del hombre, aunque las manifestaciones circunstanciales de esa dependencia adopten una expresión distinta y característica de su sexo.

*«Desaliento».*

Finalmente, habría que decir que el papel de la mujer en la experiencia religiosa del hombre es hoy y ha sido en la historia de las religiones definitivo.

En primer lugar, porque esta dependencia amorosa se corresponde mejor con la psicología de la mujer que con la del varón (entre otras razones porque la divinidad nos ha sido siempre representada por un Padre eterno y su Hijo Jesucristo en la tradición cristiana y que ello le ha ayudado a entender la religión y a entregarse a ella con más fidelidad que el hombre.).

En segundo lugar, porque el hombre ha tenido que experimentar su propia dependencia amorosa de la mujer para percibir sus vi-

*«Laura».*

vencias religiosas, siendo, por tanto, la mujer su principal sacerdotisa, la mediadora entre el Dios omnipresente pero lejano y el hombre, enamorado de esa presencia divina encarnada en la mujer.

Así pues, y recogiendo velas en esta meditación teológica, creo que sería útil repasar la pintura de Revello fijándonos en particular en este especial sentido de lo sagrado que destilan cada una de sus mujeres y concluir, al menos por mi parte, que es difícil sustraerse al atractivo de sus encantos pero no menos difícil no dejarse arrastrar, más allá de ellas mismas, hacia esa sugestiva esperanza que en todas ellas palpita.

### **Bibliografía**

- AGUILERA, EMILIANO (1972): El desnudo en las artes. Madrid. Ed.. Giner.
- APARICIO, OCTAVIO (1965): El desnudo femenino en la pintura. Madrid. Ed. Offo.
- AUBERT, J. MARIE (1976): La mujer (antifeminismo y cristianismo). Barcelona. Ed. Herder
- BÉCQUER, G. ADOLFO (1991): Rimas. Ed. crítica de Rusell. P. Sebold. Madrid. Ed. Espasa
- BÉCQUER, G. ADOLFO. (1993): Obras de G.A.Bécquer Ed. de Cristóbal Cuevas y S. Montesa. Málaga. Ed. Arguval.
- BOFF, LEONARDO (1985): El destino del hombre y del mundo. Santander. Ed. Sal Terrae
- BORNAY, ERIKA (1990): Las hijas de Lilith. Madrid. Ed. Cátedra
- BUSIGNANI, ALBERTO (1967): Boticelli. Barcelona. Ed. Toray
- CASTAÑER, XESQUI (1993): La imagen de la mujer en la plástica vasca contemporánea.. Ed. Universidad
- CASTRO, CARLOS (1960): Lo religioso y el hombre actual. Madrid, Ed.. Guadarrama.
- COSTA, J.(1973): Rubens. Barcelona. Ed. Mundilibro.
- DAVIS, FLORA (1987) La comunicación no verbal
- DOWLING, COLETTE (1989): El complejo de Cenicienta. Barcelona. Ed. Grijalbo.
- DOWLING, COLETTE (1989): Mujeres perfectas. Barcelona. Ed. Grijalbo.
- DUNN, MASCETTI (1992): Diosas. La canción de Eva. Barcelona. Ed. Robinbook
- FISAS, CARLOS (1994): Historia y anécdota de la mujer fascinante. Barcelona. Ed. Planeta.
- FROMM, ERICH (1984): El corazón del hombre. Madrid. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- FROMM, ERICH (1987): Tener o ser. New York. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- GOMEZ YEBRA, A. (1990): El desnudo. Málaga. Galería de arte Benedito. Nº 9
- HORNEY, K. (1977): Psicología femenina. Madrid. Ed. Alianza.
- KLEIN, VIOLA (1971): El carácter femenino. Buenos Aires, Ed. Paidós.
- MANZANO, R. y J. IRIARTE (1986): Revello de Toro. Barcelona, Ed. Ambit Serveis.
- MARIAS, JULIÁN (1990): La mujer en el siglo XX. Madrid. Ed. Alianza.
- MARIAS, JULIÁN (1987): La mujer y su sombra. Madrid. Ed. Alianza.
- MARIAS, JULIÁN (1985): Antropología metafísica. Madrid. Ed. Alianza.
- MORALES, LUIS (1945): Cómo son y cómo piensan las mujeres. Santander. Ed. Cantabria.
- MORGAN, MARABEL (1977): La felicidad total. Barcelona. Ed. Plaza y Janés.
- MORGAN, MARABEL (1977): La mujer total. Barcelona. Ed. Plaza y Janés.
- MILLER, JEAN B. (1992): Hacia una nueva psicología de la mujer. Barcelona. Ed. Paidós.
- OBACH, SUSAN (1987): Las mujeres que aman demasiado. Madrid, Ed. Javier Vergara.

- ORTIZ, LOURDES (1982): El cuerpo de la mujer como expresión simbólica. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria. Universidad autónoma de Madrid.
- ORIOL, ANTONIO (1975): La mujer: aspectos antropológicos. México, Ed.. F.C.E.
- PALOMO, FRANCISCO (1981): Pablo Coronado, pintor de la mujer. Málaga. Ed. Univ. de Málaga
- PEEL, EDMUND (1990): Joaquín Sorolla y Bastida. Barcelona Ed. Polígrafa, S.A.
- PEÑA MARIN y Cols. (1990): La mujer en la publicidad. Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales. Madrid.
- PORTA TOVAR, JOSÉ MARÍA (1993): Poesía eres tú. Ed. J.M. Porta. Málaga
- PORTA TOVAR, JOSÉ MARÍA (1994): Esa mujer inalcanzable. (La psicología de la mujer en la pintura de Félix Revello de Toro). Ed. Porta y Revello de Toro. Barcelona.
- PUERTO, CARLOS. (1970): La mujer del año 2.000. Madrid. Ed. Sociedad de Educación Atenas.
- REVELLO DE TORO, FÉLIX: Catálogo de la Sala de Arte de Alcolea. C/Claudio Coello, 30 Madrid. Exposición del pintor.
- REVELLO DE TORO, F. (1992): Revello de Toro. Gráficas Viladot, S.L. Barcelona.
- ROJAS, ENRIQUE (1990): Una teoría de la felicidad. Madrid, Ed. Dossat.
- SHERMAN, JULIA (1993): Psicología de la mujer. Ed. Marova.
- STERN, SUE (1989): La mujer indispensable. Barcelona, Ed. Paidós.
- TEILHARD DE CHARDIN, P. (1963): La energía humana. Madrid Ed. Taurus.
- TRENAS, JULIO (1987): Revello de Toro. Sabadell. Ed. AUSA.
- TRIADÓ, JUAN R. (1990): Historia gráfica de la pintura. Barcelona. Ed. Planeta.
- USSHER, JANE (1991): La psicología del cuerpo femenino. Madrid. Ed. Arias Montano.